

# Latinoamérica Espacial

por Sebastián Salazar Bondy

En "Pretexto para un diálogo con América Latina", artículo del escritor francés Jean Mazoyer, publicado en la revista "L'Esprit des Lettres", que comentáramos hace unos días, se alude a un medio posible de comunicación entre los europeos y nosotros: la poesía. El espacio en que vivimos que Mazoyer describe como abrumador y sin límites, poblado de frutos y seres insólitos, presente sin complicidad con el hombre, es para los americanos motivo original para un nuevo lenguaje. "La palabra debe tener raza —dice— para expresar esta grandeza. Debe ser pura como la nota de color del colibrí, captada rápidamente en una mirada. Debe ser bíblica, porque se trata de aventura, de elevación y de plegaria". Esta intuición del crítico francés coincide con el pronóstico que muchos han arriesgado con respecto a nuestra lírica e, inclusive, con el carácter de algunas obras poéticas actuales que consideramos representativas. La manera de creación de Vallejo y Neruda, por ejemplo, está en relación directa con esta noción del espacio abierto e incógnito, en el cual el hombre existe sólo en la medida en que se incorpora a él como un testigo rendido a las evidencias de una naturaleza indómita. Si para el europeo, como afirma Mazoyer, el paisaje es "propiedad, cosecha o lugar para tomar fotografías, es decir, decoración familiar", para el habitante de los desiertos, las punas, las selvas y las pampas de este continente, tiene un significado más patético y al mismo tiempo, más vital.

## Poesía y Folklore

De ahí que los poetas latinoamericanos, aún aquellos que bajo la influencia de un intelectualismo libresco escamotean la solicitud del espacio, posean un lenguaje vasto, adjetival, abigarrado, pues en su corazón se acumula la fuerza del mundo de en torno como una energía que, al expandirse, trueca las palabras en símbolos a punto de estallar. La angustia no es un sentimiento que conduzca al suicidio, sino una especie de potencia destinada a explicar el misterio que allí donde vayan los ojos se alza implacable. Estamos, por eso, en la etapa de una poesía narrativa, que muestre sin transformar, que indica como una guía mágica la variedad del universo. Poesía de verificación, la de Latinoamérica constituye toda una enciclopedia de la vida natural. En ella, tal como lo ha comprobado el escritor francés que comentamos, es posible hallar una virtud perdida en la literatura de Europa: el poder épico, el sentido heroico que obliga a emprender una aventura cada vez que el hombre se propone fracturar el silencio con su vibrante voz.

Y el folklore —la poesía popular— no es ajena a esta característica. Lástima que Mazoyer haya conocido solamente danzas y canciones argentinas, demasiado mestizadas, hechas ya para el gusto de las ciudades occidentales del continente. El princi-

pio del espacio vigente, que señala como signo esencial de la poesía, está con notoria evidencia en el verdadero folklore indio. Basta tomar cualquiera de esos poemas que ha recogido José María Arguedas de la boca del pueblo quechua para comprobar hasta qué punto el alma del hombre de estas latitudes, inclusive la del que las habita desde hace siglos, recoge postrada los panoramas del mundo como un imperioso mandato y los incorpora a su canción en forma de deidades a las que rinde culto. La danza imita a los animales, a los pájaros, a la vegetación, y nos enseña, a quienes vivimos en la capital, sometidos a la tensión entre aquel polo primitivo y este otro que no tenemos más remedio que llamar civilizado, el camino para cumplir nuestro deber de hombres ansiosos de una justificación final ante la historia. Y aunque no es preciso, como lo hace Mazoyer, citar para ello a Natalicio González que fuera, a pesar de sus pruritos democráticos, dictador del Paraguay—, podemos decir que la idea de la naturaleza predominante insufla en nuestro espíritu el sentimiento de fraternidad que nos une por sobre todas las diferencias externas y secundarias.

## Sentido del Futuro

Los intelectuales latinoamericanos están, cada vez con mayor conciencia de su responsabilidad, convencidos de que es necesario identificarse con la aventura de sus pueblos. En eso, Mazoyer no se equivoca. Por ello, tal como él lo asegura, el repudio de lo estético en beneficio de lo ético —entendido éste como conducta combativa y no como contemplación— tiene como objetivo último la emancipación, o sea, la definitiva afirmación de lo nuestro dentro de la comunidad humana, con los mismos derechos con que las demás nacionalidades lo han obtenido. En este sentido es que Latinoamérica tiene futuro y se halla buscándolo. No hay tiempo, en verdad, para juegos negativos, para lujos vanos, para entretenimientos ociosos. Y encontrar el sendero, vislumbrando en su cabo la meta y la respuesta, equivale a olvidar un poco el pasado, tomando de él sólo lo que será una herramienta para la labor de hoy y de mañana.

Poesía, folklore, conducta, todo respira espacio. Mazoyer ha sido el primer europeo que lo ha visto y lo ha dicho. Tenemos los latinoamericanos un hondo concepto de la amistad y, por ende, también de la gratitud. No lo olvidaremos, y si en "Pretexto para un diálogo con América Latina" ha incurrido en pequeños errores de apreciación o juicio, que hemos tratado de indicar aquí y en el artículo anterior, eso no desmerece el acierto de sus observaciones y la generosidad de su actitud, verdadero ejemplo para quienes en Europa nos vieron solamente como un caso pintoresco, no como el experimento de dicha que queremos ser.

30/8/55